

1

EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

1. La misión propia

Para comprender mejor la misión del seglar claretiano en la Iglesia y el mundo es imprescindible recordar, aunque sea de manera muy sintética, cuál es la misión de la Iglesia. Es lo que voy a hacer en las páginas siguientes.

Los seglares claretianos, igual que otras agrupaciones eclesiales, hablan con frecuencia de la “misión propia” o de “nuestra misión”. Es conveniente clarificar, de entrada, el sentido de estas expresiones. Hablar de la “misión propia” del seglar, del sacerdote o del religioso puede dar a entender que cada categoría de cristianos y cada grupo o comunidad tienen su “misión propia” y que la misión de la Iglesia resulta de la suma y articulación de esa multiplicidad de misiones.

Hablando con precisión, sólo existe una misión: la que el Padre encomendó a su Hijo y éste confió a sus seguidores, a su Iglesia. El concilio Vaticano II nos recuerda, precisamente al hablar de los seglares, que no existe más misión que la del pueblo de Dios, cuando dice que éstos “ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde” (LG 31 a). Y un poco más adelante, en el mismo documento dice: “Así, todo seglar, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la Iglesia” (LG 33b).

Si no existe más que una misión, ¿qué sentido tiene hablar de la misión propia del seglar claretiano? Con esta expresión nos referimos a los aspectos de la dimensión de la Iglesia en que se centra, por vocación, el seglar claretiano y al modo como él contribuye a realizar la única misión de la Iglesia. En efecto, la misión que el Padre encomendó a su Hijo y éste a la Iglesia es tan grande, tan inabarcable, que cada persona y cada comunidad encarnan especialmente algunos aspectos y modos de realizar esta única misión.

Hay que tener muy claro que la misión no es algo externo a la Iglesia y al cristiano, algo así como un encargo o una tarea que se les confía, sino que pertenece a su mismo ser. Tanto la Iglesia como los cristianos estamos hechos para la misión. No sólo tenemos una misión, sino que somos misión, es decir, somos constitutivamente enviados, misioneros. La Iglesia entera, en su misma esencia, es para la misión. “La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito del Padre” (AG 2).

Como ya dijimos en las primeras páginas de este comentario, vocación y misión son dos caras de una misma realidad, por eso se corresponden perfectamente. Así como decíamos que no hay más que una vocación, la cristiana, y que, a la vez, hay tantas vocaciones como personas, porque la llamada de Dios es personal, así también ahora podemos afirmar que hay una sola misión y, al mismo tiempo, existen tantos modos de vivir y cooperar a esa única misión como personas. Estos modos vienen determinados por las tendencias profundas, las cualidades que Dios ha sembrado en cada uno y por los carismas con que el Espíritu Santo nos ha capacitado y destinado a cooperar a la misión de la Iglesia.

Si la misión es personal, ¿qué sentido puede tener el hablar de la misión propia del Movimiento de Seglares Claretianos? ¿Acaso existe una misión común a todos ellos? La comunidad de seglares claretianos existe porque varias personas descubrieron que entre ellas había una sintonía de tendencias y de carismas. Esto y los caminos de la propia historia personal, que les llevaron a encontrarse y a conocerse, les llevaron también a unir sus fuerzas para cooperar de la misma o parecida manera a la misión de la Iglesia. En ese sentido hay que entender la misión propia de los seglares claretianos, como un modo compartido de realizar en la Iglesia, la misión que Cristo le confió.

Si nuestra misión es la misión de la Iglesia, a cuya realización cooperamos según nuestras cualidades y carismas, hemos de preguntarnos, en primer lugar, cuál es la misión de la Iglesia y, posteriormente, cuál es el modo especial que tienen los seglares claretianos de cooperar a esa única misión.

A la primera pregunta nuestro Ideario responde así: “La misión confiada a la Iglesia es anunciar y extender el Reino de Dios”(nº 19). Esta afirmación está calcada en lo que dice el concilio Vaticano II: “La Iglesia... recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todo los pueblos” (LG 5b) Más adelante, el Ideario (nº 21), inspirándose en un texto de Pablo VI, indica que la misión de la Iglesia es la evangelización: “Evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”(EN 14)

Tenemos, pues, dos afirmaciones fundamentales que dicen cuál es la misión de la Iglesia: anunciar y extender el Reino de Dios y evangelizar. Vamos a ofrecer a continuación una breve síntesis sobre cada una de ellas para llegar a la conclusión de que están profundamente relacionadas y que, en el fondo, son una misma realidad.

2. La misión de la Iglesia es el Reino de Dios.

¿Qué significa esta expresión: “Reino de Dios”, tantas veces repetida en la Biblia, en las enseñanzas de la Iglesia y en nuestro Ideario? Indudablemente, las palabras rey y reino pertenecen al pasado lejano de la historia, cuando los estados se organizaban políticamente como monarquías. Hoy la forma política de organización de la sociedad más extendida en todo el mundo es la democracia. Monarquía, rey y reino son realidades que el torrente de la historia ha llevado definitivamente a las aguas muertas del pasado. Es cierto que algunos países conservan todavía sus reyes; también conservan los puentes romanos, aunque éstos no sirvan ya para la circulación vehicular. Unos y otros son, con frecuencia, poco más que reliquias del pasado.

Sin embargo, en una época en la que ya no existen reinos, los cristianos seguimos hablando del “Reino de Dios” y con ello tratamos de expresar lo más nuclear del mensaje de Jesús y de la vida cristiana. Para nosotros la expresión “Reino de Dios” tiene un sentido simbólico. Quizás buscando sinónimos nos quede algo más clara la idea que queremos expresar con es símbolo. Pero se trata de una realidad tan rica, que todos los sinónimos se nos quedan muy cortos. Una expresión similar podría ser la voluntad o “el proyecto de Dios” sobre la humanidad y el mundo; proyecto que ya se está haciendo realidad en la historia.

2.1. ¿Cómo se entendía el “Reino de Dios” en tiempos de Jesús?.

El anuncio del Reino es el núcleo esencial del mensaje de Jesús, que inicia su predicación diciendo: “El Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,14; Mt 4, 17). Cristo vino para eso, para anunciar el Reino a todas las ciudades y aldeas (Lc 4, 43).

La expresión “Reino de Dios” sale más de 100 veces en los evangelios, casi siempre en boca de Jesús, pero no es original de él. Viene del Antiguo Testamento y era muy usada en el judaísmo del tiempo de Jesús. Los judíos esperaban la llegada del Reino como una intervención de Dios en el mundo para cambiar radicalmente la situación de Israel y de los demás pueblos. En cuanto a su llegada había dos opiniones diferentes:

Primera opinión: “el día de Yahvé”.

Un grupo de judíos esperaba una llegada del Reino de Dios fulminante, por medio de una catástrofe de dimensiones cósmicas, con la cual Dios juzgaría al mundo y separaría a los justos de los impíos para iniciar su reinado sólo con los justos. En esta onda apocalíptica se sitúa Juan Bautista cuando anuncia que “el hacha está ya puesta a la raíz para cortar el árbol que no dé buen fruto y echarlo al fuego” (Mt 3, 10). Juan recurre al anuncio del castigo de Dios para llamar a la gente a la conversión.

Jesús, al comienzo de su predicación, sintonizó bastante con Juan Bautista. A partir de su bautismo, se fue distanciando de él y comenzó a predicar la llegada del Reino, no como tiempo de destrucción y de juicio, sino de construcción y de misericordia. Jesús dice: “el Reino ya está entre vosotros” (Lc 17,21). Ya ha entrado en el mundo, pero no a través de un cataclismo, como esperaban los judíos, sino en la persona misma de Jesús. Jesús no anuncia desgracias y castigos, sino una Buena Nueva, una alegre y esperanzadora noticia: que Dios es nuestro Padre, ama a todos, especialmente a los menos amados en la sociedad: los pobres, los cautivos, los disminuidos y los enfermos (Lc 4,18).

Segunda opinión: el reino sociopolítico.

Otros en tiempos de Jesús esperaban la llegada del reino en dos etapas. La primera se iniciaría con la venida del Mesías anunciado por los profetas, quien, poniéndose al frente de Israel, crearía un reino sociopolítico no sometido a ningún imperio y que, más bien, sometería a otros pueblos. Este reino de bienestar duraría mil años. Después vendría el reino definitivo, pero no en este mundo, sino en el otro. A él accederían todos los justos de Israel y de las otras naciones que, a través de Israel, hubieran llegado al conocimiento de Yahvé y a ser justos.

Los discípulos de Jesús, al luchar por los primeros puestos en el reino (Mt 20, 20-28), manifiestan su convicción de que Jesús iba a establecer en la tierra ese reino sociopolítico. Y seguramente lo mismo pensaba Pedro al decirle a Jesús: “Tú eres el Mesías” (Mc 9, 29), porque, en cuanto Jesús comenzó a decirle que era un Mesías sufriente, se lo llevó a parte para quitarle semejante idea de la cabeza. Jesús lo rechazó como si fuera Satanás (Mc 8, 30-33), al quererle llevar por el camino del poder temporal. Jesús mismo se lo dijo sin rodeos a Pilato: “Mi Reino no es de este mundo” (Jn 18, 36), es decir, no es sociopolítico.

2.2. El Reino que anuncia Jesús

Según los evangelios, Jesús nunca definió qué era el Reino de Dios, sino que mediante parábolas o comparaciones fue diciendo algo acerca de él, su dinamismo y su crecimiento. Lo comparó con un banquete, no por la comida, sino por la amistad, la alegría, la intimidad y la fraternidad reina entre los invitados. Pablo años más tarde dirá que “ el Reino de Dios no es comida ni bebida, es, ante todo, justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Rm 14,17)

Jesús enseña que el Reino tiene dos etapas: una en este mundo y la otra más allá de la historia (Mt 25, 31s), pero su visión de ambas etapas es completamente diferente de la que tenían los judíos de su tiempo. Para Jesús la etapa terrena no consiste en la restauración del reino de David, como esperaban los judíos, ni en el poderío de Israel sobre los demás pueblos. consistirá en una nueva sociedad y en un nuevo modo de relacionarse las personas con Dios y entre sí. El proyecto de Dios y el empeño de su enviado Jesucristo es reunir a los hijos de Dios dispersos (Jn 11,52) y hacer de todos los seres humanos una sola familia.

Para Jesús, el Reino es el proyecto amoroso de Dios que ha hecho a todos los seres humanos hijos suyos y hermanos entre sí y quiere que vivan como hijos y como hermanos. El primer paso para la llegada del Reino es reconocer a Dios como Padre. Su paternidad es la fuente de la que brota ese proyecto suyo al que llamamos Reino de Dios.

La nueva sociedad (el Reino) que anuncia Jesús se corresponde con le proyecto de sociedad que aparece en la Biblia en los orígenes del pueblo elegido. En el éxodo, evento fundacional del pueblo israelita, se manifiesta el plan de Dios. Yahvé quiere un pueblo liberado de la esclavitud de Egipto, una sociedad igualitaria, sin reyes ni aparato estatal, que siempre crean diferencias entre los ciudadanos y cuyo sostenimiento origina la explotación del pueblo. Esa línea se mantuvo durante los doscientos años en que gobernaron las tribus líderes populares y desapareció con la llegada de la monarquía. Recuperando la idea, Jesús anuncia una sociedad nueva, en la que todos sean iguales y vivan como hermanos. Los destinatarios primeros de esta Buena Noticia son los pobres, porque ellos son los que más necesitan ser liberados e igualados con los demás.

La ley fundamental y constituyente de esta sociedad es el amor que Dios tiene al ser humano y el amor que, por gracia de Dios, el ser humano le tiene a él y a los demás. Esta es la única mandamiento de la nueva sociedad, de la comunidad del Reino: “Esto os mando: que os améis unos a otros” (Jn 15, 17).

Si el amor y la solidaridad fraterna son la ley fundamental del Reino, nadie entra en él, en su dinamismo, si no es solidario con los demás, especialmente con los que son víctimas de la insolidaridad de los poderosos. Jesús nos muestra lo que es el Reino de Dios con la imagen de un banquete en el que se sientan a la misma mesa todos: pobres, inválidos, ciegos y cojos (Lc 14, 21).

El Reino en su etapa histórica se manifiesta allí donde hay personas solidarias; allí donde hay grupos humanos caracterizados por la fraternidad, en los que nadie explota a nadie, sino que cada uno se esfuerza por ser el primero en servir a los demás (Mt 20, 26). Este es el proyecto de Dios. Conforme se va realizando crece su reinado en la tierra. “El Reino tiende a transformar las relaciones humanas y se realiza progresivamente, a medida que las personas aprenden a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente” (RM 27).

2.3. Cristo y el Reino de Dios.

Vamos a resaltar únicamente tres aspectos de la relación entre Cristo y el Reino de Dios.

- a) El Reino de Dios *la razón* de su venida al mundo, constituye la misión de Jesús, es lo que da sentido a su Encarnación, a su vida y a su predicación, a sus acciones, a su pasión, muerte y resurrección. El vino al mundo para eso: para anunciar e introducir el Reino en la historia. Y en ese empeño perdió la vida. “Dios, para establecer la paz o comunión con El y una fraterna sociedad entre los hombres pecadores, dispuso entrar en la historia humana de modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en carne humana” (AG 3). Este texto del Vaticano II

indica que Cristo vino al mundo para establecer el Reino en sus dos dimensiones: la comunión con el Padre y la fraternidad entre los hijos de Dios.

- b) Jesús personifica el Reino. Él en persona es la encarnación plena del Reino y de todos sus valores. El lleva a plenitud en su persona las dos dimensiones fundamentales del Reino: la experiencia de Dios como Abbá, Padre, el vivir como Hijo, y la experiencia de fraternidad, el vivir como hermano. Él es el Hijo que ama al Padre sin límites y se solidariza con su proyecto de salvación (el Reino) y es el hermano que nos ama a todos “hasta el extremo” (Jn 13, 1). Él es el hombre nuevo y solidario que encarna el amor y la opción de Dios por los pobres y los esclavizados y es su enviado para liberarlos. En la increíble solidaridad de su muerte en la cruz hemos descubierto lo que es el amor (1 Jn 3, 16), la ley del Reino en su plenitud.
- c) Cristo es la puerta del Reino. Él es para toda la creación y para cada uno de nosotros el punto de encuentro con Dios y su Reino. Como en Cristo está el Reino en su plenitud, al unírnos a Él por la adhesión de fe y de amor, entramos en la dinámica del Reino, nos hacemos solidarios con Él y con sus solidaridades, es decir, con el Padre y con los seres humanos, especialmente con los pobres. Cristo tiene como misión congregar, no sólo a los seres humanos, sino a la creación entera para someterlos a la soberanía del Padre. Cuando, por su medio, al final de los tiempos todo se vuelva conforme al plan de Dios, el Reino habrá llegado a su plenitud, porque “Dios será todo en todos” (¡Cor 15, 28)

2.4. Las dos dimensiones del Reino de Dios.

Voy a insistir de nuevo en que el Reino de Dios tiene dos dimensiones absolutamente inseparables: una vertical o de filiación y otra horizontal o de fraternidad.

La dimensión vertical o de filiación es, por parte de Dios, el increíble amor que Él nos tiene y que le ha llevado a enviar a su Hijo al mundo para nuestra salvación (Jn 3, 16); un amor que le ha llevado también a hacernos hijos suyos y a introducirnos en la intimidad de su familia trinitaria. Por nuestra parte, la dimensión vertical consiste en vivir como hijos en el Hijo, amando a Dios como Padre, buscando siempre hacer su voluntad y cooperar a la realización de su proyecto, el Reino. La dimensión horizontal o de fraternidad consiste, por parte de Dios, en hacernos uno en Cristo; en hacernos hermanos y solidarios entre nosotros. Por parte nuestra, consiste en vivir como hermanos, en vivir la solidaridad que somos por gracia, es decir, por ser hijos del mismo Padre (Mt 23, 8; 1 Cor 12-13).

Se trata de dos dimensiones de nuestro ser cristiano absolutamente inseparables. En efecto sólo viviendo como hermanos, vivimos como verdaderos hijos de Dios. Quien pretende centrar su vida en Dios y olvida a los hermanos y sus problemas, se engaña. En realidad no ha centrado su vida en Dios, sino en un ídolo que sustituye a Dios, porque el Dios verdadero es el que oye el grito de su pueblo esclavizado (Ex 6,5). No es posible centrar nuestra vida en Dios si no está centrada en el hermano, y especialmente en el hermano más necesitado. Digámoslo con palabras inspiradas por Dios: “quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1Jn 4,20). En la solidaridad con el hermano es donde se demuestra que el Reino de Dios ha llegado a nosotros.

El encuentro y la experiencia de Dios como Padre de todos y como liberador de los pobres y oprimidos, es decir, el vivir como hijos, es lo que nos lleva a vivir como hermanos. A todo el que se acerca a Dios Él lo envía, como envió a Moisés, a solidarizarse con los esclavizados y acompañarlos en su camino de liberación.

2.5. El Reino de Dios es don y tarea.

Jesús, cuando anuncia el Reino, no invita a la gente a conquistarlo, sino a dejarse conquistar por el Reino que viene como don. Ser hijos y hermanos y el vivir como tales (el Reino) es, ante todo, una gracia que requiere también nuestra colaboración (tarea) para que arraigue y crezca en nosotros y en la sociedad. En esta tarea Dios no nos deja solos, a merced de nuestra debilidad e inconstancia, sino que nos da su Espíritu, que habita en nosotros y nos ayuda a decir: “Abbá”, “Padre” (Gal 4, 6), es decir, a vivir la experiencia originante del Reino.

Nuestra primera tarea ante el Reino que viene es acogerlo con humildad y sencillez, reconociendo con gozo nuestra pequeñez, porque Dios da su Reino a los pobres y a los pequeños (Lc 12,32); dejar que nos invada, que destruya todo lo que hay en nosotros de antirreino (el egoísmo, la insolidaridad) y nos haga hombres y mujeres nuevos, solidarios.

Otra tarea en relación con el Reino es abrirle caminos en el mundo, luchando contra las situaciones de esclavitud, de exclusión social, desigualdad, injusticia, pobreza humillante, ignorancia y marginación, que niegan a tantos millones de personas su dignidad de hijos y su condición de hermanos y se oponen a la irrupción del Reino.

La fuerza del Reino, que Cristo ha introducido en la historia para transformarla, pugna por poner el mundo del revés. En efecto, Jesús atacó duramente a los ricos, es decir, a los que se movían por el afán de dinero, dominación y prestigio; a los que buscaban siempre y en todo ser los primeros. Cuando Jesús anuncia que las prostitutas precederán a los piadosos y compuestos fariseos en el Reino de los Cielos, está poniendo la sociedad judía de su tiempo totalmente del revés.

También pretende poner el mundo del revés el intento de Jesús por crear una sociedad nueva en la que cada uno esté preocupado por el hermano y no por el dinero, piense en cómo servir al otro y no en cómo dominarlo; busque ser el último y no el primero, ser pequeño y no grande (Mt 20, 25.28); cuando sea solidario con los apaleados de la vida, como el menospreciado samaritano de la parábola, y no egoísta, como el piadoso sacerdote o el levita, a quienes importa más la ley de la pureza legal que el hermano moribundo (Lc 10, 29-37).

Este empeño de Jesús por poner el mundo del revés es todavía una tarea pendiente. Por desgracia, nuestro mundo continúa moviéndose por los mismos valores que el mundo judío de hace dos mil años.

2.6. La Iglesia y el Reino de Dios.

La Iglesia no es el Reino de Dios, pero está llamada a ser signo y anticipo del Reino. La Iglesia existe para el Reino; esa es su razón de ser (LG 5). Cuando el Reino llegue a su plenitud, más allá de la historia humana, esta nuestra Iglesia desaparecerá, ojalá que por misión cumplida. En los nuevos cielos y la nueva tierra, de ella sólo quedará lo que tenga de Reino de Dios: la comunión con Dios y con los demás.

La Iglesia sólo puede ser signo del Reino y servidora del mismo, si se deja conquistar por él, si deja que su fuerza la invada y la transforme en comunidad del Reino, fraterna, humilde y servidora, que encarne la opción del Padre y del Hijo por los pobres. Todo lo que en ella es o se mueve por afán de prestigio, poder o riqueza, es negación y antisigno del Reino.

La Iglesia es servidora del Reino de Dios y le abre caminos en el mundo en la medida en que proclama la gran noticia de que todos tenemos la fortuna y la dignidad de ser hijos de Dios y hermanos entre nosotros y en la medida en que lucha por la igualdad, la fraternidad, la justicia, la paz y el respeto a los derechos humanos.

Cada una de las pequeñas comunidades que integran la gran comunidad eclesial y, por tanto, también la comunidad de seglares claretianos, debe ser signo del Reino, lugar de experiencia de Dios como Padre y de solidaridad hacia dentro y hacia fuera de ella misma, especialmente para con los más necesitados.

La relación de cada uno de los miembros de la Iglesia con el Reino es la misma que la de la toda comunidad eclesial: acogerlo, abrirle caminos en su persona y en su vida para que le haga persona nueva y solidaria; anunciarlo con el gozo de quien ha encontrado un gran tesoro que quiere compartir; abrirle caminos en la sociedad luchando por construir un mundo más justo y solidario (LG 36 a: GS 39 b. 57).

En resumen, la misión de la iglesia, de cada una de sus comunidades y, por tanto también de los seglares claretianos, es el Reino de Dios: acogerlo, vivirlo, anunciarlo y abrirle caminos en la Iglesia misma y en la sociedad.

Para el diálogo (elegir algunas preguntas)

- a) *¿Qué añade la misión del seglar claretiano a la misión de la Iglesia?*
- b) *¿Qué tipo de Mesías y de Reino de Dios esperaba la mayor parte de los judíos en tiempos de Jesús?*
- c) *¿Qué diferencias entre el Reino de Dios esperado por los judíos y el Reino que Jesús introduce en el mundo?*
- d) *Señalar tres aspectos de la relación de Jesús con el Reino.*
- e) *¿Es correcto decir que “construimos” el Reino de Dios? ¿Conoces otra expresión mejor?*
- f) *¿Es la Iglesia el Reino de Dios en este mundo?*
- g) *¿Porqué decimos que la misión de la Iglesia es el Reino de Dios?*
- h) *¿Qué lugar y qué tiempo ocupa el Reino de Dios en tu vida, en tus preocupaciones y en tus compromisos?*
- i) *Cuando dices “venga a nosotros tu Reino” ¿ en que realidades piensas?*

2

LA MISIÓN DE LA IGLESIA ES LA EVANGELIZACIÓN

1. ¿Qué es la evangelización?

Como indica la palabra misma, la evangelización es una acción que está relacionada con el anuncio y la propagación del Evangelio. A su vez, evangelio es una palabra de origen griego que significa buena noticia. Evangelizar es anunciar una buena noticia que cambia la vida de quien la acoge y lo llena de alegría, de esperanza y de felicidad, porque, lo que se anuncia, sucede en él.

Esa Buena Noticia es la misma que anunció Jesús desde el inicio de su vida pública y que recogen los evangelios sinópticos: “el Reino de Dios está cerca” (Mc 1, 15; Mt4,17). El evangelio de Lucas explicita más el contenido de esa buena noticia; describe cómo Jesús anuncia la llegada del Reino diciendo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor” (Lc 4, 18).

Estas palabras, tomadas del tercer Isaías y que en el profeta eran anuncio de acontecimientos futuros, Jesús dice que ya son realidad: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy” (Lc 4, 21). Es decir, el Reino ha llegado; y ha llegado en la persona de Jesús. Este pasaje de Lucas deja bien claro que evangelizar es comunicar una buena noticia a los pobres de este mundo y, desde ellos, a los demás.

Jesús durante su vida pública anuncia el Reino y envía a sus discípulos a anunciarlo también (Lc 9, 2; 10,9), pero los discípulos después de la resurrección de Jesús, en lugar del Reino, anuncian que Jesús resucitó y vive. Esa es la gran noticia (Hch 2, 23-24; 8, 12; 10, 36s). Su anuncio y su invitación a creer en Jesús son garantizados por la venida del Espíritu Santo sobre los que acogen la invitación (Hch 2, 38; 8, 17; 10, 40; 1 Cor 15, 3-7).

¿A qué se debe el hecho de cambiar el anuncio del Reino por el anuncio de Cristo resucitado? Como en Jesús está presente en plenitud el Reino, sus discípulos, al ir por todo el mundo para anunciar el evangelio, ya no anuncia el Reino que ha de venir, sino el Reino que ya está presente, que ya se ha manifestado en Jesús de Nazaret, especialmente en su entrega por los demás hasta la muerte y en su resurrección. Por eso lo más nuclear de su predicación es anunciar que resucitó y vive y convocar a la gente a creer en El, a dejar que él entre en sus vidas para que también a ellos llegue la Buena Noticia del Reino. Como ya dijimos, Cristo es el punto de encuentro con el Reino y la puerta de entrada en el Reino. Los discípulos convocan a seguir a Jesús en comunidad y a proseguir su misión liberadora, haciendo realidad hoy en nuestra historia el programa de acción que Jesús mismo trazó y que Lucas resume con las palabras de Isaías que hemos citado anteriormente.

Presentadas así las cosas, vemos la profunda relación que hay entre la evangelización y el Reino de Dios. La evangelización no es otra cosa que el anuncio del Reino, que se ha manifestado de manera plena en Jesús de Nazaret y que él, perseguido y crucificado, resucitó y vive y, porque vive y es presencia del Reino, continúa actuando en el mundo por medio de aquellos a quienes les ha dado su mismo Espíritu.

Aceptar esta gran noticia significa dejarse invadir por ella, dejarse evangelizar, convertirse a Cristo y al Reino. Implica, además, comprometerse en abrir caminos en el mundo a la fuerza liberadora del Reino.

El contenido de la evangelización es el Reino de Dios con todas sus dimensiones y sus valores. El hermoso documento de Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, los explicita ampliamente. Recogemos a continuación los puntos fundamentales. Evangelizar es:

- Testimoniar que Dios ha amado al mundo en su Hijo y que no es para nosotros un poder anónimo y lejano, sino un Padre, que nos ha hecho hijos suyos y hermanos entre nosotros (EN 26).
- Proclamar que “en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres” (EN 27).
- Proclamar “el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva del hombre” (EN 28).
- “Llevar un mensaje que afecta a toda la vida. Un mensaje, “especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación” (EN 29).
- Afrontar las situaciones que vive la humanidad. “No es posible aceptar que la obra de la evangelización pueda y deba olvidar las cuestiones extremadamente graves, tan agitadas hoy día, que atañen a la justicia, a la liberación, al desarrollo y a la paz en el mundo” (EN 31).
- Comprometerse en la liberación. “La Iglesia no admite circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre... y proclama también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidara anunciar la salvación en Jesucristo” (EN 34).
- Construir unas estructuras más humanas y más justas, pero sabiendo que “aún las mejores estructuras se convierten pronto en inhumanas si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay conversión del corazón y de la mente” (EN 36).

La Buena Noticia es que Dios quiere al ser humano, que lo acompaña constantemente, que su vida es muy importante y no termina en este mundo, sino que sigue y se plenifica más allá de él.

La evangelización tiene como objetivo la conversión, es decir, la adhesión de fe y de amor a Jesucristo y a su causa para seguirle a él y para proseguir luchando por la causa por la él luchó: el Reino de Dios.

2. La nueva evangelización.

Juan Pablo II ha convocado reiteradamente a lo largo de su pontificado a una nueva evangelización, “nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones”. En su exhortación *ChL*, Juan Pablo II dice que “sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones (cristianas) una fuerza de auténtica libertad” (*ChL* 34).

El problema está en cómo entendemos la nueva evangelización. Cada sector eclesial y cada movimiento entienden la nueva evangelización de una manera distinta. Generalmente toman la invitación del Papa como una confirmación de lo que ya estaban haciendo, por más tradicional que fuera. De ese modo, la expresión “Nueva Evangelización” se ha convertido en una etiqueta que todos evangelizadores colocan sobre sus propios productos. Hasta las formas de apostolado más tradicionales, propias de una Iglesia de cristiandad, y las campañas de evangelización impulsadas por ciertos movimientos involucionistas se autodenominan “nueva evangelización”, incluso algunos

se atreven a decir que la suya es “la nueva evangelización que el Papa quiere”, poniendo así sobre su producto el sello pontificio de calidad. De ese modo, cada uno se siente llamado a hacer lo que ya estaba haciendo y todos quedan tranquilos allí donde estaban. A este propósito un teólogo europeo afincado en Brasil se pregunta: “¿Acaso la nueva evangelización consiste en la divulgación de las experiencias religiosas carismáticas, en la difusión de un nuevo pietismo católico?”¹

¿De dónde le viene la novedad a la evangelización?. Evidentemente de donde viene toda novedad en la Iglesia: del Espíritu renovador. Más concretamente, del Espíritu que alienta sobre las aguas crispadas de la realidad (cf Gn. 1,2). Le viene del Espíritu que constantemente urge y capacita a la Iglesia para que responda a los desafíos que cada realidad histórica presenta a la venida del Reino de Dios; la novedad viene del Espíritu que no sólo le habla a la Iglesia desde dentro, sino también desde fuera, desde la realidad. La evangelización se hace nueva gracias a que la Iglesia “vive real y enteramente solidaria con la historia de los hombres” (ChL 36)

Porque la novedad viene de la realidad y porque la realidad está siempre en evolución, la evangelización o es nueva y actual, o no es evangelización. “Si desde hace algún tiempo hablamos de nueva evangelización es porque comprendemos de forma nueva las palabras del Señor que nos envía e intuimos que la situación de nuestro mundo pide respuestas imaginativas, nuevas”²

“No sólo han cambiado las estructuras, las condiciones de vida y las circunstancias ambientales del hombre moderno: el que ha cambiado profundamente es el mismo hombre. El Vaticano II no ha dudado de hablar de “una nueva época de la historia” (GS 4-10). En un mundo nuevo por tantos y tantos conceptos, no es posible contentarse con repetir fórmulas y con seguir caminos misioneros propios del pasado. En orden a la misión de la Iglesia en el mundo actual, se impone, como una exigencia absolutamente imprescindible la creatividad apostólica y pastoral (novedad de métodos y expresiones), sobre la base de unos cristianos profundamente renovados (novedad de ardor)”³.

Para que la evangelización sea nueva tienen que resaltar en ella las siguientes características.⁴:

- a) Ha de hacerse desde la comunión con las víctimas: el pobre, el marginado y el oprimido. Ellos son los mediadores de las desafiantes demandas de la buena nueva. La nueva evangelización exige “la opción por la justicia o por los pobres, y el diálogo interreligioso, como expresiones de fraternidad y exigencia absolutas de la fe cristiana, que vienen a ser las dos manos de toda evangelización hoy”⁵.
- b) Ha de afirmar la vida. “Afirmar la vida no es creer en una vida después de la muerte, sino promover la vida antes de la muerte. Dios es el creador y el dador de la vida al cosmos y a los humanos. Dios ha hecho al ser humano a su imagen no sólo para vivir en armonía con la naturaleza, sino también para ser creativo y conducir la vida a su plenitud. Afirmar la vida es afirmar la cultura, la identidad de la gente, la diversidad de sus expresiones y la libertad que es necesaria para su creación”

¹ J. Comblin, *Cristianos rumbo al siglo XXI*, Madrid 1997 p 53

² JCR García Paredes, *Dentro de la globalización*, Vida Religiosa (2001) vol. 90, p.53

³ A. Calero, o.c. p. 149-150

⁴ Michael Amaladoss, *La misión en un mundo posmoderno*, *Selecciones de Teología*, nº 146 (1998) pp. 108-109

⁵ JI González Faus, *Pasado y futuro de la evangelización*, Barcelona 1993, p 28

- c) Otra de las características de la nueva evangelización ha de ser la inculturación de la que tanto se habla en la Iglesia y en la que tan escasos avances se experimentan. “El Papa y la curia romana han adoptado el vocabulario, pero nada más, porque en el catolicismo la inculturación tiene unos límites estrechos: no se puede cambiar nada del catecismo, no se puede tocar el Derecho Canónico, ni tampoco los libros litúrgicos”⁶.
- d) El diálogo. “La Iglesia es consciente de que nuestro estilo de evangelización debe asumir el rostro del diálogo (¡diálogo de vida!), de la inserción. Queremos renunciar a “la cultura del adversario” para dar lugar a “la cultura del otro”, a quien queremos reconocer, respetar, acoger y amar”⁷. “Dialogo” es el nombre de la misión evangelizadora de la Iglesia para este nuevo tiempo. La Iglesia renuncia a proclamar su verdad sin mirar al rostro del otro, sin dejarse afectar por su interioridad y por su “verdad”. Se trata del diálogo más allá de las palabras, de las doctrinas, de las afirmaciones dogmáticas. Se trata del diálogo de la inteligencia “sentiente” y “emocional”. Evangeliza la Iglesia con diálogo de sentimientos, compartiendo experiencias humanas, viviendo la vida con otros. Lo importante es que acontezca la evangelización, aunque a veces no sepamos quién evangeliza y quién es evangelizado. Por eso, el contexto dialógico es tan importante para que el Espíritu actúe cuando quiera, como quiera y con quien quiera”⁸.

3. ¿Cómo realiza la Iglesia su misión evangelizadora?.

Ni la Iglesia ni cada uno de sus miembros somos meros funcionarios de la evangelización, porque la evangelización no es algo ajeno a su propio ser, sino que constituye la identidad más profunda de la Iglesia “ (EN 14). Ella anuncia el Reino (evangeliza), ante todo, acogiéndolo y dejándose transformar por él; evangeliza siendo una señal inequívoca de que el Reino ya ha llegado a ella y mostrando en las propias comunidades cómo los seres humanos pueden vivir realmente como hijos de Dios y como hermanos entre sí. Evangeliza dando testimonio de una solidaridad innegable con los marginados.

Como acabamos de indicar, la Iglesia evangeliza siendo, pero también haciendo. La teología pastoral ha agrupado en cuatro áreas las formas de acción o medios a través de los cuales la Iglesia realiza su misión evangelizadora de acoger, celebrar, anunciar, mostrar y abrir caminos al Reino de Dios. Esas cuatro formas las podemos sintetizar en las frases siguientes. (Entre paréntesis ponemos las palabras griegas con las que tradicionalmente se designan):

- Anunciar el Evangelio (martiría)
- Vivir el Evangelio (koinonía)
- Hacer realidad el Evangelio (diakonía)
- Celebrar el Evangelio (leituguía)

A continuación vamos a decir a qué tipo de acciones se refiere cada una de ellas:

3.1. Anunciar el Evangelio: servicio de la Palabra.

La Iglesia realiza su misión mediante el anuncio de la Palabra de Dios, proclamando la Buena Nueva del Reino, proclamando que Cristo resucitó y vive, que nos llama a seguirle y a

⁶ Comisión teológica de la USG, *Dentro de la globalización*, Vida Religiosa (2001), vol 90, p. 47.

⁷ Ibid. p. 48

⁸ JCR García Paredes, *Dentro de la globalización*, Vida Religiosa (2001) vol. 90, p.50

proseguir su misión. Este medio de evangelización en griego se designa con la palabra “martiría”, que tiene que ver con mártir. Pero originariamente mártir significa testigo, es decir, el que en un acontecimiento atestigua lo que ha visto y experimentado. Eso indica que el servicio de la Palabra, en cualquiera de sus formas, tiene que brotar de la propia experiencia de fe.

El servicio de la palabra se presta de diversas maneras. Estas son las principales:

- Está, en primer lugar, el “kerigma”, que es el anuncio de Cristo a quienes nunca han oído hablar de él. Es lo primero que hicieron los discípulos de Jesús: proclamar que resucitó y vive e invitar a creer en él y a cambiar de vida (Hch 8, 35; 10, 36; 17, 18).
- En segundo lugar está la catequesis, que pretende una ampliación de los conocimientos acerca de Cristo y de su Evangelio y simultáneamente un crecimiento en la vida de fe.
- Las diversas formas de la predicación cristiana.
- Otro modo de servicio de la Palabra es la teología, que es una profundización aún mayor en el conocimiento de Cristo y de su Evangelio, que, en buena lógica, tendría que llevar a una adhesión de fe a Cristo más sólida y a un seguimiento más radical de Jesús.

Como hemos indicado más arriba, el término griego “martiría” subraya que no se puede prestar el servicio del kerigma, de la catequesis o de la teología, si no es desde una profunda experiencia de fe. Los Apóstoles decían: “lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos (1Jn 1,3; Hch 22, 15; 1 Cor 15,8). Eso mismo tendríamos que poder decir hoy día todos los evangelizadores.

El Papa Pablo VI se preguntaba: En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir al otro la propia experiencia de fe?” (EN 46). Y más adelante decía en ese mismo documento: “¿Creéis verdaderamente lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís?” (EN 76). Esto cuestiona seriamente nuestro servicio de la palabra, la catequesis, por ejemplo, que tantas veces se toma como una enseñanza memorística, como si se tratara de temas de historia o de geografía o como un juego de dinámicas vacías de mensaje.

Lo que más necesita hoy la Iglesia son testigos. El testigo no sólo anuncia, transparente la presencia de Dios en su vida. Por eso J. Martín Velasco escribe: “el testimonio constituye la más adecuada y eficaz invitación a la fe”⁹

3.2. Vivir el Evangelio: ser y promover comunidades del Reino.

La Iglesia evangeliza cuando vive lo que anuncia, cuando ella misma se transforma en comunidad del Reino; cuando hace realidad en sí misma la gran noticia de que, en Cristo, Dios nos ha hecho a todos hijos suyos y hermanos entre nosotros. En una sociedad masificada y egoísta, como la nuestra, que se caracteriza por la ignorancia o el rechazo del otro, la desconfianza, el afán de tener, de poder, de dominar y de explotar al otro, la comunidad eclesial tiene que aparecer como un espacio de libertad, de confianza, de amor, de servicio y de solidaridad; tiene que tratar de ser realmente esa sociedad del revés que Cristo quiso crear. Evangelizamos cuando tratamos de que nuestra pequeña comunidad responda a ese ideal.

Evangelizamos también cuando formamos comunidades eclesiales de hermanos y servidores (Lc 22, 24-27). La evangelización “está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con él, de existencia vivida en la caridad y en el servicio” (Ch L 34).

⁹ J.Martín Velasco, *Transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Santander 2002, p. 99

3.3. Hacer el Evangelio: crear una sociedad más justa y fraterna.

Evangelizar no es sólo proclamar la Buena Nueva, sino anunciarla y realizarla. También la mediación anterior, la koinonía, es hacer realidad el Evangelio, pero hacia dentro de la comunidad cristiana. En la diakonía, en cambio, se trata de hacer realidad el Evangelio hacia fuera de la comunidad, en el mundo. La diakonía supone, ante todo, una profunda solidaridad con los más necesitados. Una solidaridad que ni es paternalismo ni se agota en sentimientos interiores, sino que es praxis, hechos concretos de solidaridad con los demás hasta identificarse con ellos y acompañarnos en sus procesos de liberación, corriendo incluso su misma suerte.

La diakonía es el compromiso por transformar las realidades que contradicen la igualdad y la solidaridad, las situaciones de marginación, de exclusión social y de pobreza humillante y por transformar también las estructuras y los sistemas que generan tales situaciones. En este modo de anunciar el Evangelio y de extender el Reino de Dios entran todas las formas de lucha a favor de la justicia, de promoción humana, de liberación y de defensa de los derechos humanos. Entran también los compromisos de tipo sociopolítico, tan propios de los seculares.

3.4. Celebrar el Evangelio: la liturgia

La Iglesia realiza su misión de evangelizar, es decir, de acoger, celebrar, anunciar, mostrar y abrir caminos al Reino de Dios, también mediante las celebraciones litúrgicas. En ellas está presente Cristo resucitado, plenitud del Reino. Es él quien actúa en los sacramentos y los vuelve acontecimientos de liberación, es decir, los hace Evangelio, Buena Noticia, para quienes participan en ellos.

En la liturgia celebramos los pequeños o grandes avances del Reino en la historia. La oración y la liturgia celebran la vida y las luchas de los pueblos y de los grupos por la libertad, la dignidad y la justicia. El nuestro no es un culto desarraigado de la realidad, descomprometido, sino que es un culto existencial, que nace de la vida, está entretejido con nuestra propia existencia, y nos devuelve a la vida para continuar en ella la lucha por la resurrección de la sociedad.

4. Ubicación del seglar claretiano en la acción evangelizadora de la Iglesia.

Hemos descrito las cuatro grandes áreas y medios a través de los cuales la Iglesia realiza su misión de anunciar y abrir caminos al reino de Dios en el mundo. ¿En cuál de ellos se sitúa preferentemente la acción evangelizadora de los seculares claretianos?.

Antes de dar una respuesta a esta pregunta, aclaremos que en esas cuatro grandes áreas la Iglesia no sólo realiza su misión en el mundo, sino que expresa y realiza también su propio ser de comunidad enviada al mundo. Precisamente por eso, ninguna de las cuatro mediaciones es optativa o de libre elección. La Iglesia, cada una de sus comunidades y cada uno de sus miembros tienen que anunciar el Evangelio, vivir en comunión en torno a Cristo Resucitado, comprometerse en la transformación del mundo y celebrar la resurrección de Cristo y la resurrección del mundo en los avances del Reino de Dios en él.

En principio, cada cristiano tiene que participar en las cuatro grandes formas de presencia de la Iglesia en el mundo y tiene que evangelizar mediante esas mismas cuatro grandes formas de evangelización. Nadie puede decir: lo mío es la palabra y no quiero saber nada de la acción transformadora de la sociedad ni de la creación de comunidades ni de la participación y animación

litúrgicas. Todos tenemos que participar en todo, pero cada uno, según las cualidades que tenga y según los carismas que haya recibido, tendrá que comprometerse de manera más intensa en uno u otro campo.

Los seculares claretianos globalmente considerados, es decir, como Movimiento, podemos decir que:

- En virtud del carisma claretiano, están llamados a dar preferencia a las tareas relacionadas con el servicio de la Palabra.
- En virtud de su vocación secular, que los sitúa en medio de la trama de las realidades temporales para que sean fermento transformador, están llamados a dar especial importancia a la diakonía y, concretamente, a la acción transformadora de la sociedad.

Pero esto no excluye su participación y compromiso en las otras dos áreas: la animación de la comunidad y la liturgia. Las han de vivir también con gran intensidad, pero desde su vocación de servidores de la Palabra y de agentes de la transformación del mundo. Su aportación más genuina a las acciones litúrgicas, por ejemplo, es llevar a las celebraciones la realidad viva y candente y procurar que el “éxtasis” de la celebración no aleje a la comunidad cristiana del mundo, sino que la envíe con más fuerza a proseguir la tarea de transformación de la sociedad.

El mismo servicio de la palabra en el secolar claretiano tiene que estar embebido de la realidad que tiene entre manos y en el corazón y, por eso, su palabra es menos doctrinal y teórica y más realista, concreta y práctica y, seguramente, también más eficazmente transformadora.

Algunos, por ejemplo, pueden tener cualidades extraordinarias para la animación de la comunidad cristiana o de la liturgia y deben ponerlas al servicio de ellas. Ninguna cualidad puede quedar atrofiada. Eso sí, han de prestar esos ministerios desde la óptica del servicio de la Palabra y la diakonía, que son los carismas fundamentales que ubican su acción evangelizadora en la Iglesia.

Para el diálogo:

- a) *¿En qué coinciden y en qué se diferencian estas dos expresiones: “La misión de la Iglesia es el Reino de Dios” y “La misión de la Iglesia es la evangelización?”*
- b) *¿Cuáles son los cuatro grandes medios o mediaciones con los que la Iglesia evangeliza?*
- c) *¿En cuál de ellas está más comprometido cada uno de nosotros? ¿Qué es lo que está haciendo?*